



**MADRE MARÍA ANTONIETA  
DEL CORAZÓN DE JESÚS**  
RELIGIOSA DE LA ASUNCIÓN

# LA EDUCACIÓN DEL CARÁCTER

SEGÚN  
**MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS**  
FUNDADORA DE LA ASUNCIÓN  
1817 - 1898

PRÓLOGO DE  
**SU EXCELENCIA MONSEÑOR DE LLOBET**  
ARZOBISPO DE AVIRÓN

**A LA MUY REVERENDA MADRE MARIE-JOANNA  
A AQUELLA QUE, POR SU VIDA,  
AÚN MÁS QUE POR SUS PALABRAS,  
ME HA REVELADO LA ASUNCIÓN  
ENSEÑÁNDOME LAS BELLEZAS DE LA LABOR DE EDUCADORA,  
DEDICO FILIALMENTE ESTAS PÁGINAS.**

## PRÓLOGO

*¿Quién es capaz de negarse a rejuvenecer, retrocediendo en el tiempo hasta llegar a los días en que, a nuestros ojos de colegiales, la palabra «vacaciones» tenía un sentido lleno de fascinadoras emociones? Bueno es que tratemos de revivir, por lo menos en espíritu, alguna de aquellas jornadas en la compañía imaginaria de los que hoy tienen la dicha de ser lo que fuimos nosotros ayer o anteayer. Dios me libre de establecer ninguna clase de relación entre la página que me piden que escriba hoy al principio de este estudio y un lejano deber de vacaciones. Además, ¿por qué había de asombrarme yo, en estos tiempos en que los papeles se invierten con tanta frecuencia, al ver que una antigua alumna impone su deseo a un anciano capellán. incluso prevaleciendo de citas de sus sermones, que había conservado en la memoria? ¿Fueron tan provechosos los dulces años de capellán de la Asunción consignados al principio de mi carrera sacerdotal!*

*Estamos ahora frente a un retrato y frente a un método: un retrato, porque, sin deslizarse sobre el*

*Por otra parte, y sin que el autor insista en ello, hay que hacer notar que las ideas de la Madre María Eugenia de Jesús no son el fruto laborioso de la experiencia. Desde su iniciación están en plena madurez. Su voluntad capta el fin aun antes de comenzar, y los resultados se comprueban, sin que se acuse la marcha efectiva de su observación.*

*La obra de la Madre María Eugenia y su Congregación nacieron de un deseo de adaptación al tiempo en que Dios la llamó a la vida. Se dirige a una época y a una clase. Las que tienen el honor de continuarla, creerían que se separaban de ella si la conducta de su obra permaneciera estabilizada en métodos ya superados por otros y sujeta a reglamentos en desuso. Por definición, la educación integral y total que ella pretende dar debe responder a las exigencias del momento. Demos por hecho que los principios permanecen y los procedimientos cambian, y confesemos que el verdadero espíritu de la fundadora alienta en esta movilidad, que ha llegado a ser inevitable por la rápida fluctuación de las costumbres y de las necesidades.*

*Son inmutables en el individuo las leyes de la Naturaleza; solamente algunas se prestan a ligeras modificaciones. En otros terrenos, el social o el político, por ejemplo, las formas y las reformas son ilimitadas. «Hacer algo nuevo» es el programa anticuado que reaparece periódicamente después de cada crisis social. Se raspan las fachadas, se cambian los rótulos, y el pasado sigue. En Roma, hace cincuenta años, tuvieron el capricho de reunir en un museo*

*Eugenia. Por eso, la fe y el deber aparecen, muy en relieve, como los dos polos alrededor de los cuales gravita la educación.*

*Cada ciencia, por su aportación, debe contribuir al enriquecimiento de la fe y a una concepción más firme del deber. ¡Ah!, ¡participemos de la convicción de la Madre María Eugenia, que hace de la Historia una poderosa fuerza de formación! Mirar la Historia, una vez controlada su veracidad, como si fueran anales íntimos, como papeles de familia donde se consignan, ¡cuántas veces con sangre!, la línea de conducta que hay que seguir, la fidelidad que se ha de profesar. La vida y la muerte de un personaje, en su propio marco, con frecuencia heroico, son más decisivas para determinar un carácter que la disertación de un filósofo. La formación de un alma aventaja, ¡y de qué manera!, al modelado de una estatua o a la pintura de un lienzo; un alma de adolescente es vida en fusión; hay que prepararla a la vez para el porvenir próximo y para la eternidad.*

*Añadamos que ver claro lo que es permite prever lo que podrá ser, y una estimación juiciosa de las aptitudes naturales permite adivinar el nivel hasta el cual puede aspirar cada uno.*

*Se asombrarán algunos de que el apostolado del medio por el medio, el sentido social que consideraban como hallazgo reciente, esté ya preconizado y practicado por la Madre María Eugenia. Bajo pretexto de igualdad y de justicia, no se priva de adornarlos con el encanto de la bondad y con las delicadezas de la cortesía.*

*deseado el corazón del hombre..., y espera de él un amor que debe ser una de las glorias accidentales de la divinidad. Más de un lector hará votos por que un día se reúnan y publiquen estas fórmulas, no menos para edificación de la religiosa, que para beneficio de la educadora.*

*La originalidad de este trabajo está, por una parte, en el paralelismo de las intenciones que inspiran las educadoras y los sentimientos que despiertan en el alma de las alumnas. A través de estas páginas parecemos oír al corifeo y al coro antiguo dándose la réplica en escena y decir alternativamente el fin que se perseguía y los frutos recogidos. Preciosos testimonios que prueban la profundidad que han alcanzado las raíces de la fe y del deber.*

*Espero que el autor no me reprochará que haya descubierto su pensamiento al declarar que el método preconizado por la Asunción no pretende en modo alguno el monopolio. Por el contrario: todos los derechos de adopción, de imitación y de reproducción están liberalmente concedidos. ¿Qué objeto tendrían estas páginas si no fuera el de beneficiar a los demás con las ventajas comprobadas y los resultados obtenidos?*

*La lectura de este estudio termina en un capítulo que, por poco, censuraríamos al autor que lo haya reservado para el final. ¿No sería el prólogo más indicado y la mejor de todas las presentaciones el relato de aquella hora vivida en el Vaticano, el domingo 19 de mayo último, en la que el antiguo profesor y protector de la Asunción del Corso de Italia*

## INTRODUCCIÓN

Esta tesis no carece de defectos. Mis jueces del 7 de junio de 1945, a pesar de su extremada indulgencia, no permitieron que me hiciera ilusiones, y cuando ojeo las notas donde, después de los cumplidos de rigor, se indican sus legítimas críticas, haría con gusto el gesto decisivo... ¡y clásico! de tirar mi manuscrito al fuego. Mas como, indudablemente, no habría una mano caritativa dispuesta a retirarlo y, en resumidas cuentas, cualquier trabajo, por imperfecto que sea, merece vivir cuando se ha puesto en él lo mejor de sí mismo, he renunciado a la prueba del fuego para hacer frente a otra mucho más temible: a la prueba del lector.

¿Cuál fué el origen de estas páginas?

Hace cinco años, el Instituto Católico de París, fiel a su cometido de «instructor», se propuso guiar a los educadores de la juventud en su penosa misión. Con este fin añadió a los organismos que estaban en plena prosperidad un Instituto Superior de Pedagogía, destinado a descartar de los inmensos trabajos emprendidos en nuestros días en el dominio de la psicología y de la pedagogía, las

Pero fué una desdichada idea añadir como subtítulo:

*Su pedagogía: ¿Cómo formar un carácter?*

¡Su pedagogía!... ¡Cuántas discusiones provocó esta palabra! Con M. Gaëtan Bernoville, hubiera sido necesario precisar: «Hemos de entender con toda claridad en esta palabra, que un uso equivocado ha hecho con frecuencia demasiado rígida, todo lo que lleva consigo de elevada espiritualidad en sus principios y de flexibilidad en los métodos» (1).

Yo había olvidado que en la hora actual significa especialmente técnica y, sin darme cuenta de ello, me aventuré sobre un terreno peligroso, prohibido y reservado tan sólo a los especializados en la materia. Fácilmente se comprenderá mi alarma, su protesta y también su decepción. Y para disipar todo equívoco, varié el título de este libro, dejándolo sencillamente en: EDUCACIÓN DEL CARÁCTER, SEGÚN LA MADRE MARÍA EUGENIA DE JESÚS.

Sin embargo, la palabra *pedagogía* se encontrará a menudo en el curso de estas páginas. Que los que la lean la acepten en su más amplio sentido, «arte de educar a los niños», educación integral y total. La «formación del carácter» ocupa un lugar preferentísimo en el pensamiento y en la obra de

---

(1) *Un Apóstol de la infancia abandonada: Santa Madre Eufrosia Pallatier*, por G. Bernoville. (Ediciones Alsatia.)



utiliza también multitud de testimonios de antiguas y de amigos. De este modo, lejos de acantonarnos en el terreno especulativo y teórico, vemos hasta qué realidades concretas llegaron las enseñanzas de la Fundadora. Estos extractos de cartas, estos recuerdos, estos hechos vividos y destinados a ilustrar los principios y a darles aspecto e interés de vida, indican también que las lecciones de la santa Fundadora continúan siempre en vigor en nuestros días.

Por lo tanto, voluntariamente, el presente esconde a veces el pasado. Esta mezcla de anécdotas reciente y de antiguos recuerdos intenta enseñar la continuidad de un espíritu y de una tradición que sobrevive a través de los tiempos.

Se limita la tercera parte a subrayar la belleza de la misión de educadora, tal y como la comprende y la presenta a sus Hijas la Madre María Eugenia. ¿Ha sido alcanzado este ideal? Sobre este punto son a veces nuestras niñas excelentes jueces, y sus cartas, de las que se ha tomado más de una copia, constituyen el más conmovedor y más elocuente de los informes.

Uno de mis «correctores» ha hablado de mis «encantadoras digresiones». ¡Censura más que elogio! Pero estas mismas digresiones me parece que tienen su razón de ser: procurar al lector aquellas *estaciones* (1) de que habla Monseñor Calvet, evitarle en lo posible la monotonía y el aburrimiento

---

(1) *La Composición francesa*, por Monseñor Calvet.

ridad, qué sensatez, cuánta cordura se encuentran en la joven Fundadora!

Tampoco es igual la actitud que yo llamaría «intelectual», y también en esto toda la ventaja está a favor de la Reverenda Madre. Con el pretexto de «cristianizar toda la enseñanza», el abate Combalot reduce de singular manera la parte de la razón humana y pretende exigir a la fe la clave de todos los problemas. La Madre María Eugenia trata de respetar todo en el ser creado por Dios; sabe que existe el «orden natural» al lado del orden divino y que «restaurar todo en Cristo» consiste en apoderarse del hombre completo, caído por el pecado y regenerado por la gracia, para restituirlo a su lugar en el plan inicial de Dios. Es preciso, por lo tanto, utilizar todos los dones naturales, todas las facultades humanas y desarrollarlas hasta el máximo, para hacerles cantar su parte en el armonioso concierto que entona el Universo a la gloria de su Creador.

La Madre María Eugenia tuvo igualmente el mérito de comprender que la fe y la cultura profana, incluso la pagana, no son incompatibles. En un momento en que una parte del clero y del episcopado francés—bajo pretexto de cristianizar la enseñanza—hablaba de sustituir en los manuales clásicos los textos de un Platón o de un Cicerón por páginas sacadas de los Padres de la Iglesia, exponiéndose con ello a privar para siempre a los creyentes de una cultura completa, ella se pronunció claramente a favor de un humanismo integral.

orden de valores, de recordar que el deber ha de superar al placer y la voluntad aventajar a la sensibilidad: en una palabra, «forjar» los caracteres. ¿No es ésta esencialmente la misión del educador?

En un folleto dedicado a la Madre María Eugenia de Jesús educadora, advierte el Reverendo Padre Peillaube: «No nos sorprendería que la Madre María Eugenia de Jesús fuera propuesta como modelo por la Iglesia a todas las maestras de la enseñanza cristiana. ¿Por qué no hemos de buscar desde ahora, cerca de la venerada Madre, lecciones para el presente? Bastaría con dejarla hablar. Nos dirá ella misma cómo comprendía el alma de una niña y qué partido puede sacar una educadora cristiana de las riquezas naturales, tan difíciles a veces de descubrir.»

Me consideraría feliz si este rápido bosquejo contribuyese a sacar de la sombra una figura interesante, pero demasiado poco conocida. Que este estudio haga recordar también a las almas de buena voluntad que la primera misión del momento actual es la formación cristiana de la juventud.

Recuerdo a un viejo artista de la Edad Media que escribía al pie de sus obras estas sencillas palabras: «¡Lo hice lo mejor que pude!» Sea cual fuere la acogida que reserve el lector a estas páginas, lo afirmo sencillamente:

«¡Lo hice lo mejor que pude!»

París, Pascua de 1946.

PRIMERA PARTE

**HISTORIA DE UNA CONGREGACIÓN  
QUE LLEGA OPORTUNAMENTE**

## CAPÍTULO I

### ALGUNAS APRECIACIONES SOBRE LA EDUCACIÓN DE LAS JÓVENES ANTES DE 1830

Dios, en su sabiduría y bondad infinitas, dispensa en cada recodo de la Historia el remedio y el auxilio adecuados a las necesidades de la época. Ahora bien: después de 1830, nos encontramos en la actualidad en uno de esos recodos. Recordad el desconcierto que siguió a la tormenta revolucionaria. Voltaire no trabajó en vano en la disociación del alma francesa, arrancándole la fe y el respeto a las tradiciones que constituían la fuerza de nuestra raza. Los que no comparten el odio fanático de los filósofos del siglo XVIII se aletargan en una indiferencia más peligrosa todavía. Se trata de reconstruir el viejo edificio desquiciado. Se suceden los hombres, un Saint-Simon, un Fourier, un Pierre Lerroux, humanitarios saturados de utopías que se comprometen a reemplazar la sociedad cristiana por la de sus fantasías, haciéndose pasar por los mesías de una nueva religión. No se construye sobre quimeras, y sus ensayos fracasaron.

¿De dónde llegará el remedio? ¿Del romanticismo? ¿De la ciencia? ¿Del extranjero?

como podía, expuesta al peligro de sus lecturas y de acuerdo con los descos que le señalaban sus caprichos.

Las jóvenes sabían del mismo abandono. Y no obstante, ¡cuántos debates y controversias provocaba su educación! Después de Mme. de Maintenon, Fénelon y Mme. de Lambert, todo el mundo quería tomar parte: en primer lugar, los enciclopedistas, con Diderot al frente; después, Rousseau, Mme. d'Épinay y más adelante Mme. Campan, Mme. de Genlis.

El asunto merecía la pena de ser estudiado. «Las mujeres hacen y deshacen los hogares» (1), y Fénelon, con su gran conocimiento del alma femenina, añadía: «Cuanto más débiles son las mujeres, más importancia reviste fortalecerlas. ¿No tienen deberes que cumplir, y precisamente deberes que son el fundamento de toda la vida humana?» Y fué prepararlas a esta misión penosa, la razón que movió a Mme. de Maintenon a fundar Saint-Cyr. Hacer madres de familia dignas, valerosas y sin orgullo, y, para lograrlo, darles una educación muy moral y muy práctica, sustituyendo las ilusiones que falsean el espíritu y corrompen el corazón por el sentido de lo real, la sencillez y la rectitud. Formar los caracteres había sido la finalidad celosamente perseguida por la incomparable educadora. Durante mucho tiempo sus principios fueron ley, y Saint-Cyr adquirió

---

(1) *Tratado de la educación de las niñas.*

pintorescos, por el diario de Héléne Massalska, que después fué Princesa de Ligne, y nos hace saber más de una anécdota mordaz, proporcionándonos amplia materia de reflexión. La niña nos cuenta su vida cotidiana, los estudios que la prepararán, ante todo, a conocer los usos del mundo y el arte de la conversación; los juegos—en particular el de la caza a caballo, que la apasiona; las disputas entre las alumnas, las pequeñas camarillas: nada de esto puede sorprendernos, porque es de todas las épocas.

Veamos ahora la figura de Mme. de Rochechouart, maestra general: goza de gran prestigio ante las pequeñas pensionistas, cuyos estudios y educación dirige. Pasa después revista a las otras maestras, casi todas ingresadas en el convento sin vocación, sacrificadas, de acuerdo con las costumbres de la época, al primogénito de la familia; detalle éste muy importante, porque explica y a veces excusa su actitud respecto a las alumnas, la ligereza con que consideran su penosa tarea de educadoras, las mismas inconsecuencias de su conducta e incluso las rebeldías de las cuales son víctimas.

En un convento no siempre pueden estar de acuerdo todos los caracteres, pero, al menos, que la dignidad y el respeto mutuo permanezcan intactos ante los ojos de estas sutiles y en ocasiones crueles observadoras que son nuestras niñas. Consideremos una escena tomada a lo vivo. Una maestra de la Abbaye-aux-Bois, Mme. Saint-Jé-

las cocinas y de la despensa y rendir por hambre a aquellas señoras. Pusieron en la puerta de la cocina a las que desempeñaban aquel servicio y se instalaron en el «centro de la plaza», conservando como rehén a una joven religiosa de dieciséis años, mientras unas treinta educandas defendían los accesos por la parte del jardín.

Fué entonces cuando las alumnas redactaron el siguiente pacto:

*«Las educandas de las tres clases reunidas de la Real Abbaye-aux-Bois, a Mme. de Rochechouart, maestra general:*

«Le pedimos perdón, señora, por el paso que acabamos de dar, pero las crueldades e incapacidad de Mme. Saint-Jérôme nos han obligado a ello. Exigimos una amnistía general del pasado, que Mme. Saint-Jérôme no ponga más los pies en la clase, y ocho días de recreo para descansar de la fatiga de cuerpo y espíritu que todo esto nos haya causado. Tan pronto como se nos haga justicia, iremos a someternos a cuanto tenga a bien disponer de nosotras.

«Tenemos el honor, señora, de quedar de usted con el más profundo respeto y la más afectuosa adhesión, etc...

«P. S. Enviamos a dos de las nuestras para que lleven este requerimiento; si no volvieron, lo consideraríamos como señal de que no se quiere tratar con nosotras. Como consecuencia, iríamos entonces a buscar por la fuerza a Mme. Saint-



ramente las lágrimas en sus ojos, que me hice la reflexión de que no era nada feliz... Como sus lágrimas no dejaban de correr, me afecté tan profundamente, que mis ojos también se humedecieron, y no pude impedir que un profundo suspiro brotara de mi pecho.» Es de comprender que al oírlo, volviera a la realidad Mme. de Rochechouart. Ante esta niña que se deshace en llanto, ¿tratará de serenarse en verdadera educadora, dominará su emoción e intentará calmar a esta chiquilla demasiado impresionable? De ningún modo: la hará su confidente. «Me estrechó entre sus brazos—prosigue Héléne—, y después me dijo: «He nacido »con una imaginación muy viva y, para ocuparla »en algo, vuelco sobre el papel cuanto me dicta; »de ahí proviene la agitación con que me ves escribir durante muchas horas. Como entre todas »mis ideas las hay sombrías y tristes, me afectan »algunas veces lo suficiente para hacerme verter »lágrimas; la soledad y la vida contemplativa fomentan esta inclinación mía a dejarme llevar de »la imaginación.» Héléne se sintió halagada por la confianza demostrada; se renovaron con bastante frecuencia las expansiones del mismo género, pero ¡qué preparación para una niña en todo lo referente a las luchas de la vida y a las pruebas, que no siempre son puramente imaginativas!

No obstante, y para ser justas, es preciso decir que las religiosas de la Abbaye-aux-Bois pensaban también en el porvenir de sus alumnas. Había en el reglamento diario de las internas acertadas ini-

conventos del siglo XVIII eran demasiado mundanos, o poco conocidos, o mal adaptados a las necesidades de la época.

Hacia 1880, intentó Mme. Campan, con éxito, la renovación de los métodos pedagógicos sin abandonar las más puras tradiciones de Saint-Cyr. «En ella se fijó Napoleón, cuando pensó crear para las hijas de sus soldados casas de educación de la Legión de Honor, que habían de perpetuar para las familias militares la institución de Mme. de Maintenon.» Merece ser recordado el origen de esta casa de Écouen. Napoleón dijo un día a Madame Campan:

—Los antiguos métodos de educación no valen nada; ¿qué les falta a los jóvenes en Francia para estar bien educados?

—Las madres—respondió Mme. Campan.

—Exactamente — continuó Napoleón —. Pues bien, señora, que los franceses tengan que agradecerle a usted haber educado madres para sus hijos.

La respuesta que dió Mme. Campan al Emperador contiene la idea principal de su sistema de educación, y todo el mundo sabe que de sus manos salieron encantadoras mujeres y madres de familia admirables. Por desgracia, la Restauración suprimió la casa de Écouen, y aparte de ser muy limitado el medio de donde provenían sus alumnas, la influencia que ella ejercía no podía contrarrestar las insuficiencias señaladas en otra parte.

Añadamos que se comenzaba a preferir la nueva

blancos, zapatos de raso blanco de alto coturno.» Es cierto que a las niñas de todos los tiempos les han gustado los trapos y los juguetes, pero considero que los educadores de hoy ponen su ideal en algo más elevado que ver cómo sus alumnas ejecutan sin faltas los pasos de baile más en boga.

No obstante, en determinados medios no estaba completamente abandonada la formación religiosa de las niñas, y, citando una vez más a Célestine de Ségur, ella misma nos dirá que su madre no escatimó nada para prepararla a su Primera Comunión y hacerla penetrarse bien de la importancia de este acto. La indiferencia comprobada en otras partes, deja paso aquí a una especie de rigor jansenista: quedan suprimidas todas las diversiones, incluso las más inocentes; se le prohíben hasta los cuentos de hadas. Como regalos, no recibe la niña más que libros de piedad, devocionarios de terciopelo con cierres dorados. Durante sus ratos de ocio tiene que coser para los desgraciados, «cosa que la aburre cruelmente». En el retiro que precede a su Primera Comunión, el predicador atemoriza sin motivo a su joven auditorio. Había en aquella época un especial empeño en conmover a los niños. «Llorábamos mucho. Yo no sé si este método era bueno o malo, pero he conservado un vivo y dulcísimo recuerdo de aquellas ceremonias.»

¡Convengamos en que la niña estaba dotada de un magnífico temperamento! ¡Cuántas otras se

amontonadas, Cristo permanece vivo, que sobre Él reposa toda moral sana, toda la verdadera civilización. Que la Iglesia es, en fin, la gran realidad que hace frente a todas las borrascas y sobrevive a todas las tormentas.

Después de la caída de Lamennais no dejaron por ello de proseguir su camino las ideas sembradas por el ilustre Maestro y germinaron en obras fecundas.

No hemos de recordar aquí la historia de su escuela, pero la Asunción se relaciona con ella muy de cerca para que nos olvidemos de señalar, un poco de paso, los lazos que nos unen y el ideal común que nos alienta. Tendremos que volver sobre ello: digamos solamente desde ahora que lo que orientó e informó la vida de un Lacordaire, de un Montalembert, de un Combalot, fué el deseo de extender el reinado de Cristo en las almas: *Instaurare omnia in Christo*. De este mismo pensamiento nació la Asunción.

«Viendo lo que Nuestro Señor ha hecho por nosotras, una sola idea me conmueve: está concentrada en nuestra obra, *todo es de Jesucristo, todo es para Jesucristo, todo debe ser por Jesucristo.*»

La que escribía estas líneas se llamaba Ana Eugenia Milleret de Brou, había nacido el 25 de agosto de 1817 en la ciudad de Metz, donde su padre desempeñaba el brillante cargo de receptor general. «Frio, severo, sin convicciones religiosas y avanzado en sus opiniones políticas, pertenecía a aquella escuela volteriana, muy activa aún bajo la Restauración, especialmente en el campo de la oposición liberal.» Mme. Milleret era poco cristiana, a causa de su desdichada educación primera; pero tierna y recta, supo inspirar a sus hijos el espíritu del deber, la energía y la lealtad.

La vida en el campo, en plena naturaleza, en la magnífica propiedad de Preisch (Lorena), desarrolló en Eugenia el gusto de lo bello, la atracción por lo puro. Ama a las plantas, a los animales y a todo lo que Dios creó para nosotros. Más adelante echará de menos, para las alumnas que nos confían, esa libertad de los campos, de la que tanto disfrutó ella durante su infancia. «El campo — dirá — forma temperamentos más vigorosos, menos impresionables, mejor preparados para cumplir los deberes serios.» Muy joven aún, la inició su madre en el cuidado de los pobres y de los enfermos, y la mayor recompensa de Eugenia y de su hermano Luis era visitar a los desgraciados y llevarles socorros. Llamemos la atención

se rompió este lazo—escribe Eugenia—, no se volvió a formar otro parecido para mí.»

La vemos, pues, a los quince años, casi sola en la vida, porque su padre, absorto en el tráfico de los negocios, no tiene tiempo en absoluto para ocuparse de ella. Y durante cuatro años asistimos al tormento de un alma que se busca o, mejor dicho, que busca a su Dios. Fué, en primer lugar, su estancia en Châlons-sur-Marne, en casa de Mme. Doulcet, una amiga de su madre. En este ambiente mundano, la muchacha se ve muy atendida, muy festejada. Encuentra cierto encanto en los placeres que se le ofrecen, y su precoz buen sentido es su mejor salvaguardia. Pero el tono de burla impía que impera entonces en las conversaciones hace vacilar su fe. No quiere decir esto que la haya perdido totalmente: ella cree siempre en la presencia real de Jesucristo en su Eucaristía; nunca dejó de rezar, incluso y sobre todo en sus horas más tenebrosas; pero ¡con cuánta persistencia se propusieron a su espíritu los problemas de la existencia de Dios, de la vida, de la inmortalidad, del más allá! Recordemos, una vez más, que nada había en su educación capaz de armar su alma para sostener este género de lucha. Dios, ciertamente, tuvo para ella una gracia de elección a partir de su Primera Comunión y se le había unido «con un lazo de amor» que persistió a través de todas las tormentas. Pero su instrucción religiosa era casi nula.

Adoremos aquí los secretos designios de Dios:

Lacordaire, decide seguir el tiempo de Cuaresma en Nuestra Señora. Allí encontró lo que buscaba: luz y paz. El eminente predicador exponía la doctrina de la Iglesia, atacaba al racionalismo y enseñando las recíprocas relaciones de la razón y de la fe indicaba la oración como el gran medio de adquirir esta virtud. «Su palabra—le escribía Eugenia algunos años después—respondía a todos mis pensamientos, explicaba mis mejores instintos; perfeccionaba mi comprensión de las cosas y reanimaba en mí esta *idea del deber*, este deseo del bien, prontos a marchitarse en mi alma; me proporcionaba, en fin, una generosidad nueva, una fe que nada podría ya hacer vacilar.»

«Mi vocación data de Nuestra Señora», repetirá con frecuencia. Su camino está trazado en lo sucesivo en sus rasgos principales. Esta alma que ha reconquistado la verdad, no conoce las medianías. Dios tiene sobre ella todos los derechos, y ella se entrega a Él de un modo absoluto. Servir a Dios, servir a la Iglesia, servir a las almas al darles la verdad, ha llegado a constituir toda su ambición.

¿Qué forma tomará su servicio? Lo ignora; pero, confiada, se abandona y espera la señal de Dios. Consultado el Padre Lacordaire, sondea el valor y la profundidad de esta alma, pero no quiere precipitar nada. «Rece y espere», es el consejo de la prudencia. Le indica lecturas fuertes, destinadas a nutrir una fe tan joven todavía y a llenar las lagunas anteriores. Es sobre la fe donde va Eugenia a reconstruir su vida interior; sobre la fe

la joven, y se supone su asombro al reconocer la iglesia de su sueño, el altar, el púlpito y el mismo predicador. El Abate Combalot, pues era él, había de ser efectivamente el instrumento escogido por Dios para notificar a Eugenia la voluntad divina.

Es demasiado conocido el gran orador para que sea necesario que nos detengamos mucho ante esta personalidad, tan atractiva como original. Recordemos tan sólo que, discípulo de Lamennais, no siguió en su defección a su desdichado maestro, y como Lacordaire, como Montalembert, tuvo el valor de romper profundos lazos para consagrarse por entero al servicio de Jesucristo, de María y de la Iglesia. Durante una peregrinación a Sainte-Anne d'Auray tuvo la impresión clarísima de que Dios le pedía la creación de una Orden especialmente consagrada al culto de la Santísima Virgen en el misterio glorioso de la Asunción y que había de dedicarse a la educación cristiana de las niñas de la buena sociedad. Todavía no había encontrado a la que pudiera realizar plenamente su idea.

Entre Eugenia y el Abate Combalot tuvo lugar una primera entrevista. A quemarropa le preguntó: «¿Tiene usted una gran devoción a la Santísima Virgen?» «No tanta como yo quisiera», responde la joven. «¡Oh!, entonces no hay nada que hacer con usted.» Estos principios son poco alentadores. Sin embargo, movida por una fuerza irresistible, Eugenia vuelve otra vez a su encuentro... ¡Cómo no iba a quedar conquistada por la palabra ardiente y llena de fe del santo sacerdote! Pero la



religiosa. Pero todavía no había recibido el sacramento de la Confirmación. El domingo de Cuasimodo del año 1837 recibió el Sagrado Crisma que hace a los fuertes: «Fué para mí—anota Eugenia— la puerta de una vida nueva.»

Después de un retiro en las Dominicas, escribe: «Dios ha hecho tanto por mí, que yo quiero hacer algo por Él; no porque me necesite, sino porque no debemos oponernos a los designios de Dios.» El culto de los derechos de Dios ha tomado ya posesión de esta alma, y en ella realizará maravillas. Eugenia continúa: «Así, cuando hace un año latía mi corazón al oír los nombres de mis contemporáneos, defensores ilustres de la fe, Lamennais antes de su caída, Lacordaire, Montalembert y todos los demás..., que yo me decía salvarían la patria, haciéndola volver a la fuente de la verdad, no pensaba en modo alguno que me sería dado asociarme a su elevado destino a mí, tan llena de miseria y de flaquezas. Y sin embargo, así ha sucedido, porque, si es completo, Dios bendecirá mi humilde sacrificio, lo mismo que sus grandiosas ideas. Tal vez llegue yo a realizar grandes obras, quizá tendré a santas por hijas y es posible que, a su vez, tengan ellas grandes influencias de salvación.» El retiro se terminó con un acto de completa entrega a Jesucristo y la promesa de consagrar su vida a la obra de la Asunción.

En el mes de julio de 1837 Eugenia Milleret hizo un viaje a Lorena, a casa de unos amigos de la

Geneviève, para prepararse a la vida religiosa en el silencio, el recogimiento y la oración. El aspecto de esta casa de clausura, de apariencia sombría y fría, situada en uno de los barrios más tristes, oprimió el corazón de Eugenia. También la hacía sufrir cruelmente la separación de los suyos. «Lloro al volveros a ver, parientes, amigos compañeras de mi infancia... Pero la vida no se ha hecho para el placer, y es preciso que yo cumpla mis deberes... Tengamos valor, sepamos morir, todo se encierra en esto: cosas muy grandes serán el premio del sacrificio. Se lo debo a Dios, cuyos derechos no quiero destruir.» ¡Qué energía, qué sentido innato del deber y del valor del sacrificio nos revelan estas líneas!... Más tarde, cuando la Reverenda Madre enseñe a sus hijas cómo se «forja» un carácter, podrá apoyarse sobre su propia experiencia y sobre su culto a los derechos de Dios.

Si Eugenia sufre por su aislamiento, por el cambio de vida, desconoce el aburrimiento: la oración, las lecturas, los largos oficios, a los cuales asiste desde una tribuna, la reflexión y la correspondencia, llenan su jornada. Sus cartas al Abate Combalot nos permiten seguirla en el trabajo de la gracia, al que se entrega por entero. No pierde de vista el objetivo que se ha propuesto: su estancia en la calle de Sainte-Geneviève es sólo transitoria; ella lo sabe, y ya es la Asunción el centro de sus preocupaciones. Somete a su Director la reflexión siguiente, respecto a la divisa que quisiera dar a la nueva Congregación: «Se me ocurrió hoy,

En el convento del Santísimo Sacramento y en calidad de dama pensionista, llevaba Eugenia una vida austera y claustrada, privándose hasta de las más inocentes distracciones. A pesar de la energía de su alma, sus fuerzas físicas la traicionaron. Su familia se inquietaba al observar cómo se debilitaba su salud, y las cartas que recibía continuamente hacían que la situación fuera cada día más penosa. A toda costa era preciso alejar a Eugenia de los suyos y hacer la prueba, que ella deseaba vivamente, de un noviciado en toda regla en alguna casa religiosa.

M. Combalot eligió la Visitación de la Côte Saint-André, cerca de Grenoble, y, después de una cura de aguas en Aix, el 15 de agosto de 1838 fué recibida Eugenia con los brazos abiertos en la hospitalaria comunidad donde había de pasar ocho meses. Fué allí donde se inició nuestra Madre en las prácticas de la vida religiosa, entregándose a profundos estudios que fortificaban su espíritu y aumentaban su piedad. Su reglamento de vida, minuciosamente dispuesto por el Abate Combalot, la obligaba a estudiar diariamente una hora de teología dogmática en Santo Tomás, una hora de teología moral en San Alfonso, había una hora consagrada al Antiguo o al Nuevo Testamento, una hora a los autores ascéticos, dos horas a la corrección y conclusión de un trabajo sobre la Santísima Virgen, esbozado por el celoso director. La obra interior se prosigue no menos animosamente: en los prolongados momentos pasados al

### CAPÍTULO III

#### PRIMERAS COMPAÑERAS DE LA FUNDADORA

El 13 de abril de 1839 Eugenia Milleret llegaba a París. El 30 de abril, a la misma hora en que todas las campanas de la ciudad anunciaban el principio del mes de María, tres muchachas se reunían en un pequeño departamento de la calle Férou: eran Mlle. Milleret, Mlle. Josefina Néron, su amiga de la infancia—que por lo demás sólo hizo una breve aparición en la Asunción—, y Mlle. Anastasia Bévier, destinada a ser la primera maestra de estudios, bajo el nombre de Sor María Agustina. Esta interesante figura merece retener unos instantes nuestra atención. La historia de esta vocación dará nueva luz sobre el espíritu y el fin de la Congregación que nace y nos demostrará que, cuando Dios quiere una obra, vence todos los obstáculos, y los caminos por donde Él conduce a las almas son siempre adorables, variando hasta el infinito. Veremos cómo una enseñanza universitaria, excluida toda idea de fe, encendió en el corazón de Anastasia un deseo inmenso de consagrarse a Dios y a la Santísima Virgen para *dar a las almas el beneficio de una*

piadado Gregorio VII, el astuto Bonifacio VIII, etcétera, de tal modo que yo me decía: Es extraño que la Iglesia de Dios no haya producido más que hombres de esta clase. Sentí, desde entonces, la necesidad de reparar por medio de una enseñanza católica el mal que se podía hacer en estas escuelas. A partir de mis quince o dieciséis años, todas mis preocupaciones se dirigían hacia las enseñanzas de la fe, extraordinariamente calumniada por los mezquinos libros de estudios que habían puesto en mis manos. La religión atraía con frecuencia mis miradas; admiraba la belleza de sus misterios; comprendía que tan sólo ella podía dar todo lo que yo amaba: la verdad sobre nuestra naturaleza, sobre nuestro origen y sobre nuestro destino, la nobleza del carácter, la grandeza del alma, la generosidad de los sentimientos. Me preguntaba cómo una religión semejante podía tener tantos enemigos; me parecía que todo lo que se podría desear era que fuese verdadera. Si no lo es, me decía, no queda otra cosa que tirarse al agua...: tan imposible me parecía la vida sin la fe. Mi confesor tenía poco en cuenta mis inquietudes, pero Dios, «que nos ha creado, dice Santo Tomás, para el gozo de su bondad», tuvo una mirada de piedad para su pobre criatura.

»Un día, en la calle, vino a mi mente este razonamiento que todavía no había oído ni leído jamás: Jesucristo ha realizado obras que exceden a todo poder humano, milagros que sólo la potencia divina ha podido llevar a cabo, y los ha dado

La joven olvida el incidente, olvida la dirección; pero algunos días después se encuentra de nuevo con el Abate Combalot, que insiste con más energía que la primera vez: no tuvo más remedio que ceder.

«Me dirigí a la calle Vaugirard, donde M. Combalot me recibió en su despacho, rodeado de sus libros y de sus papeles.

»—Padre—le dije—, decididamente quiero una orden de enseñanza.

»El Abate manifestó su alegría al oír mis palabras.

»—Tengo, hija mía, lo que a usted le hace falta; estudiará usted, se instruirá y difundirá la verdad en las almas...

»Y en seguida me explicó el plan de su obra, que me pareció admirable; me habló de la futura Superiora de su Congregación y de otra muchacha que había visto en el Périgord. Nada de esto me decidía.

»—Llevará el nombre de la Santísima Virgen y estará consagrada al misterio de la Asunción—me dijo—. Y después, hija mía, aprenderá el latín y leerá todo esto—añadió, enseñándome en su biblioteca la *Suma* de Santo Tomás y los gruesos folios de los Padres de la Iglesia.

»—¡Oh!, entonces yo soy de las tuyas—exclamé.

»Fué así como me entregué a la Asunción.»

¡Qué espíritu de fe necesitó esta muchacha de veintidós años para consagrarse así a una obra que todavía no existía y de la cual, en realidad,

se regenera una sociedad. Se proponen a las muchachas prácticas de piedad, pero no se les hace conocer a Jesucristo, *no se les revela a Cristo*, no se les enseña a relacionar todo con Jesucristo. *Instaurare omnia in Christo*: ésta es nuestra divisa; *et Maria assumpta est*, María elevada por encima de todas las cosas de la tierra: he aquí nuestro modelo.»

Y es de este programa admirable de lo que vive la Asunción desde hace más de cien años.

La joven Catalina O'Neil quedó desconcertada ante unas palabras tan llenas de fuego y una convicción tan profunda. Aunque su razón protestara, su corazón se entregó a la obra nueva; después de algunas visitas a la calle de Férou, pudo por fin reunirse definitivamente, el 5 de agosto de 1839, a la pequeña comunidad, que se había trasladado a Meudon.

Detengámonos un momento ante este tríptico donde se destacan, luminosas, las figuras de nuestras tres Madres: Mlle. Milleret, que pronto será la Madre María Eugenia de Jesús; Mlle. Catalina O'Neil, tan querida bajo el nombre de Madre Teresa Emmanuel, y Mlle. Anastasia Bévier, convertida en Sor María Agustina. Las tres, y por caminos bien diferentes, fueron atraídas a la Asunción: un fuerte lazo las ligó para siempre, el amor de Cristo, de la Virgen, de la Iglesia; el deseo ardiente de recristianizar la sociedad por medio de la juventud femenina. Y para llevar a feliz término semejante empresa, hay solamente tres mu-

y era preciso que se estableciera sobre bases regulares o dejara de existir.

Por añadidura, el Abate Combalot mostraba, desde hacia algún tiempo, una especie de cansancio: esta fundación le desviaba de sus trabajos apostólicos... ¿Tendría la impresión de que su mandato había terminado? Tal vez. Él había reunido a las primeras religiosas de la Asunción y les había transmitido el impulso que él mismo recibiera de Dios; mas para imprimir a esta obra ese carácter de fijeza indispensable, la Madre Maria Eugenia tenía aptitudes muy superiores a las suyas. Se separaron, pues, y el sacrificio, necesario, fué doloroso para ambas partes. La Reverenda Madre sufrió cruelmente por ello. Nunca podría olvidar que del Abate Combalot fué la idea de nuestra Congregación, que él puso la base de sus primeros fundamentos. Sin él, jamás hubiera existido la Asunción. Y ya es bastante para decir cuánta gratitud han dedicado a este santo sacerdote tanto la Madre como las Hijas.

Al abandonar la pequeña comunidad, el Abate Combalot la confió al Arzobispo de Paris, Monseñor Affre. «Yo renuncio en vuestras manos—escribía—a toda la autoridad que mi calidad de padre y fundador me daba sobre ella. He sido bastante afortunado al formar este núcleo: la idea que ha presidido su creación me parece útil y oportuna, pero mi cooperación directa le provocaría en adelante demasiados obstáculos para su desarrollo... Mis hijas, colocadas bajo vuestra auto-



No podemos seguir con detalle a las primeras religiosas en sus múltiples peregrinaciones: después de Meudon, se instalaron en la calle de Vaugirard, para trasladarse en seguida, en 1842, a Impasse des Vignes, donde se abrió el primer pensionado, y en fin, a la calle de Chaillot; allí acudieron prontamente las alumnas.

Dios bendecía de una manera visible la nueva obra.

importantes que le han llevado a la Ciudad Santa es el referente a sus Hijas de la Asunción, que Monseñor de Paris acaba de hacer suyas... Cuando tenga usted para su obra la gran autoridad de la sede que domina a todas las demás, irá usted a pasos agigantados por el camino del bien que aún queda por hacer.

»Evidentemente ha sido mal comprendida hasta ahora la educación de las niñas. En todas partes se ha hablado y se habla todavía diariamente de los defectos de la mujer, no para corregirlos, sino para arraigarlos más en ella. Con toda seguridad, no es esto lo que se desea, pero es lo que se hace, y de este modo es el orgullo el gran móvil de todas sus acciones, siendo a él a quien se invoca en todo momento como medio de alcanzar el éxito, tanto en lo que se refiere al estudio como en lo concerniente a los modales. Y como la mujer debe a su constitución física un gran estado de laxitud, aparte de que procediendo así con ella se deja en olvido toda idea católica, no se obtiene tampoco lo que el orgullo pueda tener de grandioso y solamente se consigue llegar a las miserias de la vanidad.

»Estas ideas son las suyas, mi querido Abate, y porque usted las ha tenido existe la Asunción en condición de obra aprobada por el Ordinario, para intentar una reforma grande y verdaderamente religiosa, desde el punto de vista de la educación de la mujer... Mis votos se elevan para que pueda usted ver el progreso de una obra que

iluminando todo su sistema pedagógico. El Abate Combalot comienza por un estudio de la vida religiosa, tal y como se ha desarrollado en las diferentes órdenes y congregaciones. «De acuerdo con las necesidades de los tiempos, se las puede reducir a tres clases: las órdenes contemplativas y las dedicadas a la caridad o a la enseñanza.» Por medio de las congregaciones activas, a quienes no separan del mundo barreras infranqueables, es por donde llegarán a la humanidad los tres bienes que le faltan: la verdad, la caridad y la virtud. «Esta inmensa herencia de misericordia y de virtud que la Pasión de Jesucristo y la compasión de su divina Madre han legado a la mujer, se ha concentrado en esa gran cantidad de congregaciones consagradas al alivio de todas las miserias humanas.

»Pero la virtud y la caridad, restablecidas en el mundo por la gracia de Cristo, no fueron los únicos bienes hechos a la humanidad. Hay otro más, del que tienen hambre y sed las inteligencias y, por desgracia, lo buscan con demasiada frecuencia por los caminos de la duda y del error. Este otro bien es la verdad, y únicamente el sacerdocio ha recibido aquí abajo el celestial depósito: *Id y enseñad, Ite et docete*. Mas la divina Providencia ha querido asociar a esta elevada misión que el sacerdocio ha recibido de los mismos labios de Jesucristo a las más humildes mujeres.

»Y, especialmente, cerca de la cuna es donde tienen ellas una misión omnipotente. Revestidas

en las Iglesias nuevas generaciones de Hermanas y Hermanos para la educación de las clases indigentes»; después señala la *necesidad*, todavía mayor, de *comunidades dedicadas a la enseñanza que se dirijan a las niñas de las clases elevadas*. En efecto, «las niñas ricas—dice—nacen y viven en nuestros días en una atmósfera de sensualidad y de orgullo casi paganos. Nada puede reemplazar, para ellas, al ejemplo y a las lecciones recibidos de quienes despreciaron todos los bienes de nacimiento, fortuna y grandeza humanos, para revestirse de la pobreza evangélica».

Después de hablar del daño que hace una educación mundana e incluso la cristiana demasiado superficial, que ofrece prácticas religiosas sin establecer antes convicciones profundas, llega a la fundación de la Asunción. Recuerda cuántas dificultades hubo que vencer para «reunir las primeras piedras del edificio» y qué serie de circunstancias verdaderamente providenciales hicieron posible una empresa que podía parecer un desatino a los ojos de los hombres.

«*Vuestra especial misión —escribe— es purificar las almas y desligarlas de las costumbres de egoísmo y mollicie en que han sido educadas...* Declarad a la mollicie del alma y del cuerpo una guerra que sólo tendrá fin cuando acabe vuestra vida, y no permitáis jamás que el envenenado aliento de las ideas, gustos y maneras del mundo penetren bajo las tiendas que levantéis en el seno de las sociedades modernas. Vuestra misión sobre las hijas

Y termina: «Yo me he propuesto... la solución de este difícil problema: formar una congregación docente de religiosas que difundan por medio de una educación completa y profundamente cristiana todos los gérmenes de regeneración en la familia y en la sociedad, penetrando de la ciencia y el amor de Jesucristo el espíritu, el alma y el corazón de la niña.»

Una efusión enteramente paternal concluye este escrito: es un llamamiento a la fe, a la renunciación, a la obediencia, a la mortificación, con la esperanza de «que estas sólidas virtudes las únicas tal vez que no están expuestas a las ilusiones del enemigo serán las piedras angulares de vuestra Congregación. Si la reedificamos sobre estos primeros cimientos, en vano se desencadenarán los vientos y las lluvias, nada será capaz de hacerla vacilar.»

Cada una de las líneas de este prefacio debería ser releída y meditada por las educadoras cristianas; tomarían de ellas, para la hora actual, en que la sociedad vuelve al paganismo, los principios vitales y directivos que la Madre María Eugenia encontró en ellas hace más de cien años y a las cuales hacen eco dos documentos sobremanera importantes: una carta de la Fundadora a Monseñor Gros, Superior de la Congregación, y otra al Padre Lacordaire. Veremos en ellas lo que Dios, cuando quiere una obra, puede inspirar a una muchacha de veinticuatro años que se ha entregado sin reservas a sus adorables designios. Cuan-

raría a la Visitación; ¿qué diferencia veía ella entre esta Congregación y la suya?»

A la hora decisiva en la que se trataba de «ser o no ser», la Madre María Eugenia recurrió, según su costumbre, a la oración, y después de haber meditado largamente delante del Santísimo Sacramento, escribía a Monseñor Gros la siguiente carta:

«...La idea que ha presidido la fundación (de la Asunción) es una idea de celo y es la que ha determinado mi vocación. Hija de una familia desgraciadamente poco cristiana, educada en medio de una sociedad que lo era menos todavía, sin madre a los quince años y teniendo por el azar de las cosas y efectos de mi posición muchas más relaciones y conocimientos del mundo que los que generalmente se tienen a mi edad, pude comprender la desgracia de la clase de sociedad a la cual pertenecía, y le confieso que aun hoy no conozco pensamiento más triste que el de este recuerdo. Me parece que toda mi alma, que ama un poco a la Iglesia y que conoce la profunda impiedad de las tres cuartas partes de las familias ricas e influyentes de París, debe sentirse apremiada para ensayar todo e intentar que Jesucristo penetre entre ellas.

«Mas, ¿qué hacer para ello? Los hombres no entran en las iglesias; las mujeres van a las dos, por la gente y para lucir los trajes, con prejuicios y costumbres que no permiten que les alcance ni un solo pensamiento serio; los hijos van al colegio; quedan las hijas, que hasta ahora se han educado

por primera vez; por lo tanto, me pareció destinada a hacer un bien que yo deseaba vivamente.»

La Reverenda Madre confiesa, sin embargo, sus vacilaciones, sus repugnancias; pero el amor de Dios, la adoración de los derechos divinos, el deseo de emplear en el bien de las almas incluso los talentos naturales que había recibido, triunfaron sobre sus dudas. «...Yo sentía una atracción muy viva por el celo y sabía perfectamente que, una vez decidida, nada me parecería demasiado para tratar de imitar a Jesucristo en su misión de Salvador de estas pobres almas que aleja de Él la ignorancia, mucho más que la mala voluntad...»

La idea de quedarse en la Visitación de la Côte Saint-André, donde había hecho una temporada de prueba, cruzó un instante por su pensamiento, no porque dudase de su vocación, sino de la aptitud del fundador. Consultado su confesor, descartó esta idea como una tentación y la animó a perseverar en un camino que parecía marcado por Dios para ella. El desaliento queda muy lejos ahora; las Hermanas, aunque pocas en número todavía, son fervorosas y abnegadas. «Tenemos el consuelo —continúa la Reverenda Madre— de ver a las personas cuyas hijas quisiéramos educar, demostrar día por día una mayor confianza en nuestra educación. Todo, incluso las burlas, es útil a nuestro fin. Nos llaman sabias, y nada puede haber más adecuado para atraernos a las niñas que descamos.»

¿Qué conservaron las Hermanas de las obliga-

las otras...», escribe. El Oficio es la oración por excelencia; «nos hace hijas de la Iglesia» y es, además, un medio de apostolado para las niñas, a quienes proporciona la afición hacia la liturgia, el gusto del culto externo y de las hermosas ceremonias.

A los que critican nuestras prácticas de pobreza y mortificación responde la Madre María Eugenia: «Frente a las niñas educadas con tanto lujo y mollicie, nunca tendríamos demasiada pobreza práctica, bien para imprimir en ellas un poco de desprecio hacia las comodidades de la vida, o bien para conservarlo nosotras mismas y preservarnos de las ideas del mundo sobre este punto.»

Aún le queda por rebatir una última objeción: ¿Por qué desplegar semejante celo? ¿Es necesario llevar tan lejos los estudios? ¿Es que tanta ciencia es verdaderamente útil a las mujeres? La Madre María Eugenia responde con aquella calma, aquella mesura que ya le conocemos. «En nuestras Constituciones se recuerda con frecuencia la finalidad de celo: hay reglas para los estudios, con el fin de que, estando obligadas a exponerlos, sepamos que es deber nuestro llevar a ellos un espíritu religioso y severo, buscando tan sólo un medio de hacer conocer a Jesucristo. Habría que discutir la utilidad de estos estudios amplificados si sólo quisiéramos atraernos a los padres cristianos lo bastante razonables para contentarse con lo que es verdaderamente útil a las mujeres. Mas si bastara con molestarse un poco y plegarse exteriormente a la manía científica de la gente del mundo para



Esta carta tiene un gran valor para nosotras. Responde a todo y hay que volver sobre ella para conocer la razón de ser de la Asunción, de sus costumbres, de sus prácticas, de todo aquello que esencialmente la constituye.

Monseñor Gros, profundamente edificado, respondió en seguida: La Asunción vivirá. También él tiene el convencimiento. Dios quiere vuestra obra.

En una segunda carta, dirigida esta vez al Padre Lacordaire y con carácter completamente íntimo, la Madre María Eugenia concluye de definir el espíritu de la Asunción:

«...Voy a hablarle muy sencillamente, Padre mío. Creo que estamos colocadas aquí abajo para trabajar en la realización del reino de nuestro Padre celestial sobre nosotras y sobre los demás. Creo que la finalidad de la religión cristiana no es interesarnos sólo en buscar por todos los medios la bienaventuranza eterna, sino hacernos averiguar también en qué puede Dios servirse de nosotros para la difusión y la realización de su Evangelio. Es preciso hacerlo valerosamente y por medios de fe—los pobres e impotentes medios que Jesucristo tomó—, preocupándonos tan sólo de hacer todas aquellas cosas para las cuales puede habernos destinado y abandonándole todos los éxitos del tiempo y de la eternidad.

»¿Concibe usted la belleza de una sociedad verdaderamente cristiana? Dios, dueño de los espíritus bajo las sombras de la fe, de las voluntades

SEGUNDA PARTE

CÓMO SE FORJA UN CARÁCTER

## CAPÍTULO I

### ILUMINAR LOS ESPÍRITUS CON LAS LUCES DE LA FE

Si, como hemos dicho, la Asunción nació de un acto de fe, es también únicamente sobre la fe donde pretende establecer su pedagogía la Reverenda Madre Fundadora. Su alma está penetrada de ella y de ella vive: recordemos su primera Comunión, aquel sentido profundo que tuvo entonces de la esencia de Dios; después, el segundo llamamiento de la gracia al pie del púlpito de Notre-Dame y el pensamiento claro, luminoso, que se impone a su espíritu: «Sólo estoy en este mundo para servir a la gran causa de la verdad, para trabajar por Dios y por la Iglesia.»

Cuando en 1842, tres años después de la fundación, piden a su Madre las primeras religiosas que les exponga sus ideas sobre la educación, la joven Superiora reconoce que de «todos los temas, es éste el más difícil de tratar». Pero «cree firmemente que Dios concede a todos los seres aquello que más necesitan para el cumplimiento de su misión». Y a pesar de su «ignorancia» y de su «inexperiencia», ella, que en nada ha sido humanamente preparada para esta tarea de educadora,

que le creamos cuando habla, y el primer deber del hombre es recibir la palabra de Dios con un profundo respeto y una gran fe... Es necesario que nuestra fe sea firme, ardiente... Hay que aborrecer todo lo que está fuera de las pautas de la Iglesia y de la fe, todo lo que se aleje, por poco que sea, de la enseñanza católica..., ir siempre hacia lo más seguro.» Ni un solo instante se apartará la Fundadora de un programa trazado con tanta precisión. El 28 de abril de 1889, al celebrarse el Cincuentenario de la Congregación, la Madre María Eugenia, volviendo sobre la idea que había presidido la fundación, afirmará de nuevo: «Cuando nos reunimos, la obra por entero, para nosotras, no consistía más que en dar a las niñas ideas conformes con las ideas de la Iglesia, en construir todo nuestro edificio sobre la doctrina cristiana.

»Habíamos experimentado todas las inconvenientes de una enseñanza inspirada en diversos principios mundanos o anticatólicos. No obstante, no porque existiera en nuestra educación un decidido empeño en alejar de ella el nombre de Dios y no desear la religión como fundamento de nuestra enseñanza, pero nos faltaban las convicciones: se leían libros de todas clases, teníamos profesores de todas las creencias y era imposible llegar a la edad que habíamos alcanzado con una determinada cultura del espíritu y sin haber comprendido el inmenso inconveniente de tener en la inteligencia cosas que no todas tienen siempre su origen en la verdad.

este amor? Que el Oficio es el lenguaje de la Iglesia y nos pone en comunicación con todos los santos del cielo y de la tierra, encontramos en él todo lo que puede proporcionar a nuestra devoción el carácter más eclesiástico, más sólido, más universal, más lleno de tradición, y todo ello resume por entero la alabanza que se ha dado a Dios desde los primeros tiempos de la Iglesia, desde la Sinagoga, desde los Patriarcas.»

Nos llevaría demasiado lejos recordar los admirables comentarios que la Madre María Eugenia nos ha dejado sobre determinadas partes del Oficio; paráfrasis de los salmos, explicación del *Te Deum*; pero vemos elevarse ante nosotras algunos de los jalones destinados a guiarnos en nuestra marcha hacia la verdad. No olvidemos el lugar que nuestra Madre concede a los Padres de la Iglesia, esos grandes luminares, de los cuales dice San Jerónimo cuando escribe a Laeta: «Se pueden recorrer con pie firme, en la seguridad de que jamás encontrará nada que le haga resbalar.»

La Reverenda Madre no teme para sus hijas las lecturas fuertes, capaces de fortalecer una sólida piedad. Impone a las novicias el estudio de la *Suma*, el estudio del latín, indispensable a quien desee penetrar las bellezas del Breviario. ¡Con cuánto cuidado vela sobre las lecturas de las Hermanas, enseñándoles de este modo a guardarse de un peligro real y a preservar de él, más adelante, a las niñas que les serán confiadas! «En la lectura, en el estudio, es preciso buscar lo sólido. La vida

tierra!» Nuestra Madre se complacía en recordar la indignación con que un día le había hablado el Cardenal Gousset de un predicador que, en un sermón de ejercicios a sus sacerdotes, ni siquiera había nombrado al Santo Padre: «Señora, ¡les habla mucho de devociones, pero ni una sola vez les ha hablado del Soberano Pontífice ni de Roma, el centro de la Iglesia!»

Entre los más caros recuerdos de la santa Fundadora contaban siempre sus visitas a Roma. Tuvo la dicha de ser recibida en audiencia privada, primero por Su Santidad Pío IX y después por el Papa León XIII, que aprobó los Estatutos de la Asunción. Allí, a los pies del Vicario de Cristo, la Reverenda Madre vivió las más dulces horas de su vida y hablaba de ellas con una emoción que se comunicaba a sus oyentes. «¡Qué atmósfera sobrenatural se respira en Roma! He rezado mucho por la Congregación y he pedido a San Pedro que el amor a la Iglesia fuera siempre su principal carácter. ¡Que perezca si no ha de estar siempre tiernamente unida a la Cátedra de Roma!» Y después de una visita al Padre Santo, dice: «Me he creído en presencia de Nuestro Señor mismo. ¡Qué majestad y cuánta gracia! Me parecía ver sobre su frente todos los dolores y todas las esperanzas de la Iglesia.» Y en otra ocasión: «Nuestro Señor es aquí el Dueño, el Maestro, el Rey, la razón de ser de todas las cosas... La fuente de toda vida sobrenatural está en el Vaticano; allí está el corazón de la Iglesia. Roma es

nuevo en la basílica. Un testigo escribe: «Su Santidad Pío XII estaba entonces cerca de nosotros, sentado en la Silla Gestatoria. De pronto, algunas antiguas alumnas de la Asunción, que se hallaban detrás de nosotros, dieron la señal para las aclamaciones: ¡Viva el Papa! ¡Viva el Papa de la Asunción! El Santo Padre las oyó, nos lo ha dicho y ya lo habíamos adivinado por un imperceptible movimiento de su rostro. Era un poco audaz, pero el entusiasmo de estas queridas niñas es más que disculpable, ¿no es cierto?», y además entraba de lleno en las tradiciones creadas por la santa Fundadora.

Serían necesarios libros enteros para contar las pruebas de bondad tan paternales recibidas del Santo Padre, trastrocando casi el protocolo cuando se trata de su Asunción. Cuando el centenario de la fundación, mayo de 1939—apenas dos meses después de su elección—, tuvo a bien conceder a las religiosas, a las antiguas alumnas y a las niñas una audiencia excepcional, pidiendo a su Camarlengo y a sus Camareros que le dejaran solo. «No quiero ningún testigo.» En la Sala del Consistorio había muy cerca de cuatrocientas, rodeando al Papa como las hijas rodean a su padre... La audiencia duró dos horas y diez minutos, ¡para volver celosos a todos los grandes de la tierra, que, todo lo más, son recibidos durante veinte minutos! Cada una de ellas pudo acercarse al Santo Padre, hablarle de corazón a corazón. El Papa se inclinaba paternalmente, escuchando a todas con bondad.

Una nena de tres años se acerca al trono del

He aquí ahora los Santos cuyo culto nos recomienda la Madre María Eugenia. Al lado de María nuestra Reina, nuestra Madre y nuestro Modelo, que es siempre objeto de una tierna y filial devoción por parte de las Religiosas y las niñas de la Asunción, concede la Fundadora un lugar preferente a los santos evangélicos: San José, San Pedro, San Juan, los Apóstoles, las santas mujeres; «fue en medio de ellos donde vivió Nuestro Señor», son los privilegiados de Cristo. A éstos hemos de añadir a San Pablo, que aprenderán a conocer las niñas de la Asunción en su libro de piedad por excelencia: el *Manual del Cristiano*. Vienen después las Virgenes mártires de los primeros siglos, cuyas figuras, tan puras y atractivas, pueden servir de modelo a las jóvenes cristianas de todos los tiempos: Santa Inés, Santa Cecilia, Santa Blandina... Todos los Doctores de la Iglesia, todos los grandes Fundadores de órdenes tendrán un lugar señalado en esta galería de nuestros santos preferidos. Aparte, y para terminar, están San Agustín y Santa Catalina de Sena, patronos y protectores de nuestra Orden. A todos estos bienaventurados son los que oirán nombrar, no sólo las Novicias, sino también las niñas de la Asunción desde su más tierna infancia y aprenderán a amarlos a través de las lecciones de sus maestras.

En esta elección no hay nada limitado, nada mezquino: ante todo somos católicas, amamos lo que la Iglesia ama, rechazamos todo lo que ella condena. Ésta es la razón que mueve a nuestra



éste un sentimiento malo, pero no es lo que Nuestro Señor enseña, puesto que dice en el Evangelio: «Cuando dos o tres se reúnan en mi nombre, Yo estaré en medio de ellos.» A propósito de esto, escribe una antigua alumna: «No creo que en los demás conventos se concediera entonces tanta importancia a la instrucción litúrgica, a la devoción -- es decir, al amor -- de la liturgia. Creen haber inventado ahora el Catecismo Litúrgico, pero nosotros lo aprendíamos ya en el año 1895. Aprendíamos también de memoria el Ordinario de la Misa en latín o en francés, a elegir, con tal de que lo supiéramos comprendiendo su significado. Igualmente sabíamos de corrido la obra de Dom Guéranger sobre la Misa, y era nuestra Madre misma quien nos lo hacía recitar. Era ella, la Superiora, la que enseñaba el Catecismo a las mayores (1898-1899), resultaba bastante impresionante y demuestra la importancia que le concedía... He conservado un recuerdo inolvidable de este tiempo feliz. Tanto si se trataba de la devoción como si era nuestra educación o instrucción la que entraba en juego, siempre se nos abrían perspectivas, horizontes, pero nunca se nos impulsaba a la aventura. Como libros piadosos teníamos el *Manual del Cristiano* y el *Devocionario comprendido, amado, explicado*; Bossuet, San Francisco de Sales -- siempre lo sustancial y nada de afectaciones ni devociones ñoñas --. Nunca agradeceré bastante a nuestras Madres aquella lección de Catecismo que nos hacían recitar todos los domingos con el Evan-

seña cuanto hay necesidad de enseñar. Para llegar a esto hace falta más sencillez que aptitud, y los estudios ganan tanto en seriedad como en la parte piadosa.»

En sus lecciones, la Historia de la Iglesia y la instrucción religiosa tienen un lugar aparte, complementándose la una con la otra. La Fundadora pide que ambas «sean enseñadas con cuidado», porque ve en ellas «el punto culminante de la enseñanza cristiana. Las religiosas procuran alcanzar el más elevado desarrollo de la inteligencia de sus alumnas, instruyéndolas con profundidad y fundamento».

Según hemos visto, la Superiora misma se encarga con frecuencia de la enseñanza del Catecismo, compartiendo la responsabilidad con el Padre Capellán. «¡Qué recuerdos—dice una antigua alumna—los de aquellas lecciones en que nuestra Madre no temía poner al alcance de cerebros de trece años la más pura doctrina de Santo Tomás! Las definiciones de la gracia, de la vida sobrenatural, del mérito y del demérito, quedaron grabadas en nosotras para siempre. Nada de discusiones que pudieran embrollar el espíritu: la verdad clara, enérgica, luminosa, poco sentimentalismo y, en su lugar, establecer convicciones.»

El curso de Historia de la Iglesia es también uno de los mejores medios de difundir la luz; desde los primeros días, dicho sea en honor de la Asunción, ha existido en nuestros programas, y a pesar del exceso de los actuales, hemos podido

que había vivido largo tiempo en Roma y conocía, por lo tanto, todas sus riquezas. Estudiábamos entonces los cuatro primeros siglos de la Iglesia. Nadie sabía como esta religiosa hacer revivir aquellos tiempos de persecución y heroísmo de la fe: con ella hemos visitado a San Pedro en la prisión Mamertina; hemos asistido, primero, al encarcelamiento y después al martirio de San Pablo, a quien llamaba siempre «el querido San Pablo». Mezclándonos con la multitud del Coliseo, hemos visto correr la sangre de los «estigos de Cristo», hemos rezado en las catacumbas sobre los sepulcros de Santa Inés o de Santa Cecilia y aclamado el triunfo de la Cruz sobre el Lábaro. ¡Cómo nos hacía amar al Papa y a la Iglesia!

Sepamos enseñar de este modo a nuestras niñas la grandiosa vitalidad de nuestra Madre la Iglesia. Hagámosles saber que, a pesar de la incredulidad, que aparentemente va en aumento cada día, la fe sigue operando siempre grandes maravillas en las almas. En este aspecto nada tienen que envidiar al pasado los tiempos modernos: los nombres de José de Maistre, de Montalembert, de Lacordaire, los de Alberto de Mun, de Pasteur, de una Sor Rosalia, de un Cardenal Lavignerie, de un Cardenal Pie, de un Luis Veuillot o de un Ozanam, hacen honor a la Iglesia, al mismo tiempo que enaltecen a la humanidad. Las jóvenes no pueden permanecer indiferentes ante caracteres semejantes, y si conseguimos provocar su admiración, habremos contribuido a enriquecer su fe, aumen-

mos repetir durante todo el día: «Señor, ¿qué queréis que haga?» Algunas veces se comentaban nuestros nombres y formulaba este deseo para una de nosotras que se llamaba Ana: «El nombre de Ana significa «gracia». Procura ser siempre para todos los que se acerquen a ti como un reflejo de la gracia divina.» ¡Cómo olvidar la fiesta del 2 de febrero, en la que nos presentaba a Cristo como nuestro guía y nuestra luz: «El anciano llevaba al Niño..., pero el Niño conducía al anciano.» O bien, con el buen San Francisco de Sales, acompañábamos al Templo a María, la Virgencita de tres años, «mientras los ángeles, para admirarla, se inclinaban sobre las balaustradas del cielo».

Las lecciones se tomaban alguna vez del Antiguo Testamento, para enseñarnos la manera de santificar nuestras alegrías ofreciendo a Dios su perfume. Nos decía la Madre: «Es preciso coger con gratitud las flores que se presenten en nuestro camino, sin moderar por esto nuestra marcha, imitando a los soldados de Gedeón, que en otro tiempo, y a pesar de estar muy sedientos, bebían en el hueco de sus manos al pasar el torrente, sin disminuir su celeridad.» ¿No era éste el mismo pensamiento que en otra forma expresaba la Fundadora? «Hemos de atravesar la tierra como viajeros, dando gracias a Dios por las cosas bellas y buenas que ha puesto a lo largo de nuestra ruta: las flores, los frutos, las almas virtuosas entre las cuales vivimos, los socorros que recibimos... Dios pone todo esto en nuestro camino, pero no quiere

verdad? ¿En dónde piensas tú que se puede encontrar?

»—En la Sagrada Escritura—me contestó.

»Las más pequeñas no quedaron demasiado satisfechas; querían que Enriqueta hiciera entrar al Papa en esta confirmación de la verdad, porque el Papa es uno de sus entusiasmos.

»Está muy lejos de mi ánimo hacer pasar como espontáneas estas respuestas de las niñas, pero en cosas de las que nunca se les había hablado expresaban por sí mismas ideas cristianas: era todo lo que nosotras podíamos desear.»

Sin embargo, estas ideas cristianas serían insuficientes si no penetraran toda la enseñanza. Ahora veremos a la Madre María Eugenia desvelándose por utilizar, para el bien de las almas, toda la cultura humana después de cristianizarla.

*sido divinizadas y han encontrado su finalidad.»*

«Todas las cosas humanas...» Desde entonces, sin tener al *gusano roedor* de los autores clásicos, incluidos los paganos, sin asustarse de los llamados estudios profanos, en circunstancias y momentos en que hace gastar tanta tinta la cuestión enseñanza, la joven Fundadora adopta una posición clara y prudente. Tratará de integrar en sus programas todas las formas del pensamiento y todos los aspectos de la belleza, «divinizándolos». En 1843, León Boré, profesor entonces de la Universidad de Múnich, escribía a la joven Superiora: «Si me inspira usted tanta simpatía, es porque observo cómo se inclina con inteligencia y generosidad hacia el ideal de un sistema de educación de acuerdo con las necesidades de nuestra época..., es porque no tiene usted miedo ni a la filosofía, ni a la poesía, ni a la literatura; en una palabra, porque no teme usted ni a la ciencia ni al arte, sea cual fuere la forma útil y decorosa que ambos revistan... No todo el mundo es como usted, no todos poseen todos su elevación de ideas, no todos tienen su amplitud de espíritu.»

León Boré somete sus trabajos a la Madre María Eugenia—que sólo cuenta entonces veintisiete años—y le ruega que revise y corrija las pruebas de una traducción de Stolberg. Interesa a la Madre en sus descubrimientos y la hace partícipe de su pasión por la Edad Media cristiana. Su correspondencia es un intercambio incesante de pensamientos elevados, de apreciaciones inteligentes sobre

rra a su dominio. «Gracias a los inventos que se suceden incesantes, ve aumentar el hombre su poder en el orden material.» Pronto no tendrá la Naturaleza secretos para él, pero en lugar de atribuir a Dios todo honor y toda gloria, se enorgullece de su superioridad y se encumbra hasta el punto de llegar a creerse igual a Él... Y prosigue el Padre Ludovico de Besse: «He aquí sin duda alguna un gran peligro para la humildad de la fe cristiana, y este peligro amenaza a todo el mundo, a medida que la ciencia vulgariza sus inventos y lleva a la inteligencia de las masas la teoría de una posible y completa independencia del espíritu humano. De esta manera se ve claramente que los males de nuestros contemporáneos provienen sobre todo de una ciencia que se aleja de la fe, y para curar estos males, ¿no es preciso entrar en los propios dominios de la ciencia, demostrando a todos, por ejemplo, *que se puede continuar siendo creyente aunque se llegue a ser muy sabio?*»

Este fué el mayor estímulo de la Madre Maria Eugenia de Jesús: quiso dar a la formación intelectual femenina —al mismo tiempo que las más firmes ideas sobre la fe— todas las amplificaciones que exigen hoy los progresos de la ciencia. No se asustó ante esta atrevida empresa, porque la realizó sin olvidar ninguna de las condiciones requeridas por la prudencia cristiana... Al lanzar a las religiosas y a sus jóvenes alumnas en medio de los peligros de la ciencia, pone a salvo su humildad, colocándola al amparo de una piedad pro-

de una manera más explícita, a petición de Monseñor Dupanloup: «Nuestra vocación es servir a las almas. Tanto en todas nuestras lecciones como en nuestras relaciones hemos de tener siempre ante la vista el alma de la niña, sin ofrecerle más pensamientos que aquellos que se relacionen con Nuestro Señor Jesucristo...»

Y pasando revista a las diversas disciplinas intelectuales, escribe:

«*Lengua francesa*: Estrecha correlación de la idea y de la palabra. Importancia de proporcionar a las niñas un lenguaje puro, sencillo y preciso. Cuidados que hay que tener, desde la primera infancia, para desarrollar el juicio a propósito de la enseñanza del idioma. Después, en las lecciones de estilo, tratar de hacer expresar las ideas justas y cristianas en forma sencilla y pura.

«*Historia de la Literatura*: Enseñar a las niñas *la belleza de todo lo que es verdadero*, bajo una forma noble y pura. Inspirarles el desprecio de todo aquello que rebaje el alma, las falsas bellezas, las cosas peligrosas y de mal gusto.» La Reverenda Madre concede un lugar importante a la lectura de los grandes escritores, especialmente los clásicos, como forjadores esenciales del espíritu.

Continúa la Fundadora:

«*Historia*: Después de la enseñanza religiosa es el estudio donde el espíritu de las niñas puede recibir mayor cantidad de nociones generales... Cuando se trate de *Historia antigua*, servirse de las apreciaciones de Bossuet.



asimismo a cualquier forma que adoptara la verdad y la belleza. Tenía por costumbre mirar las cosas de frente; no temía a la realidad, y la mayor característica de su privilegiada inteligencia era una asombrosa amplitud de ideas. Veamos una vez más cómo lo hace notar al Padre Ludovico de Besse: «La Madre Maria Eugenia sabía que cuanto hay de bueno en las criaturas viene del Creador y debe servir para su gloria.» Tenía, pues, el corazón y el espíritu abiertos hacia la tierra, buscando por todas partes cuanto fuera capaz de proporcionar alimento a su celo y a su piedad. Acogía con amabilidad a los laicos y a los sacerdotes, a los sabios, a los literatos y a los artistas. Podríamos citar aquí a los Cardenales Gousset, Pitra, Manning, Pie, Mermillod; Monseñores Parisi, de la Bouillerie, Gerbet, Salinis, Dupanloup, Gay, De Ségur, D'Hulst, etc... Dom Guéranguer, el Padre L'acordaire, el Padre Jandel, el Padre Monsabré; señores de Cazalès, de Montalembert, Louis Veuillot y muchos más entre los que dieron impulso al movimiento católico de nuestro siglo.

•Introdujo en sus pensionados a los profesores más sabios, para que organizaran allí cursos o dieran conferencias a las niñas bajo la inmediata vigilancia de las religiosas, que comprueban así las enseñanzas del maestro. Atraía a sus casas, de buen grado, a religiosos de todas las Órdenes. La atención que prestaba a sus palabras revelaba claramente la grandeza de un alma ávida de luz y de virtudes. Hacía pensar en la abeja laboriosa

lógico, de educación, y declaré con orgullo que acababa de asistir a un examen de chiquillas, que tal vez no serian capaces de aventajar escolares de más edad encuadrados en determinados cursos de filosofía.

«Creía yo contar a mi auditorio alguna novedad, cuando el Abate Gratry, que pretende ser deudor de una gran suavidad de costumbres a su educación, recibida en gran parte en un pensionado femenino, tomó la palabra y extendiendo la mano, con el ademán que usted conoce, dijo:

«—Yo conozco eso...

«—¡Cómo! ¿Lo conoce usted?—pregunté, asombrado.

«—Sin duda alguna—prosiguió el Abate Gratry—. Verá usted, hay en el mundo un señor Michel (1); este señor Michel ha publicado un libro del Padre Girard (2), y como la aplicación de esta obra se hizo en las Damas de la Asunción (ya ve usted como conozco el asunto), habló de ello con el Ministro, a cuya casa va algunas veces por la noche. Y aún le diré más. Le diré que el Ministro quisiera hacer un informe detallado sobre los procedimientos empleados en este método, confirmados después por la experiencia. Y precisamente me ha encargado, como sacerdote, que vaya a ver a esas señoras y a enterarme de si permitirían que

(1) Inspector de Enseñanza.

(2) Sacerdote suizo, director de academia, autor de un *Curso educador de la lengua materna* y creador de un método premiado por la Academia Francesa. Murió en 1850.

Cenit; el señor de Lapparent, Camille Ballaigue y René Bazin venían a hablarnos, por turno. Seguramente fueron ellos los que me hicieron ver con mayor claridad cuanto sé sobre literatura extranjera, arte, ciencias e incluso sobre personas tan poco *conventuales* como Verlaine. Nos enseñaban con una profundidad, una claridad y un interés que todavía me apasionan.

»Nuestra falta de instrucción no quedaba limitada ni confinada. Me acuerdo aún de todo lo que nos leían en tercera, segunda y primera división: fragmentos de los autores que estudiábamos o sencillamente libros buenos, ya fueran prosa o ya poesía... Si se trataba de una lección de Gramática, de Historia de la Iglesia, de Historia o de Literatura, siempre teníamos al final diez minutos de lectura de un autor que refiriera algo relacionado con la lección del día. Era apasionante y nos *hacía despertar*.

»La educación científica estaba entonces menos adelantada que en la actualidad, y a decir verdad, nos pasábamos muy bien sin ella. Lo mismo sucedía con la educación artística, y esto me parece muy lamentable. Estaba admitido entonces que el punto final de la educación se diera en familia, después de haber salido del convento; pero, al menos, allí se nos hacía sentir interés por el arte y se nos animaba para que realizáramos visitas artísticas. Siento una gran afición a la geología, que se despertó en mí después de oír en el convento una conferencia del señor de Lapparent, que me

superioridad consiste más bien en la categoría que alcanza dicho espíritu, en su temple especial y en el carácter que se imprime en él.

«No es un mal que nuestras niñas no tengan mucha imaginación; lo que hemos de desear es que tengan mucha seriedad en sus ideas y estén firmemente convencidas de ellas. Según las circunstancias de la vida, podrán no ser siempre fieles a sus principios, pero después sus principios las conducirán a conclusiones razonables y cristianas, que pondrán en acción.»

Escribe la Fundadora al Padre d'Alzon: «No hay que matar esta doble facultad—la inteligencia y el amor—que vive de aire y de luz... Sería una obra temeraria y orgullosa tomar a cada una de las almas que Dios nos envía para *elevantas* a la mayor altura posible en la esfera de la inteligencia y del amor, para ligarlas a Dios sólo, *dejarlas libres* hacia Él y únicamente tener autoridad para impedirles que vuelvan a caer en el mundo inferior, en las apreciaciones humanas y en el goce de las cosas inferiores...»

Ya lo estamos viendo: la instrucción no es más que un medio y no un fin. Al desarrollar la inteligencia de las niñas, al nutrir su espíritu con ideas de fe, sólo trata la Reverenda Madre de preparar mujeres cristianas, armadas para el combate de la vida, de sólidas convicciones que las mantengan siempre a la altura de sus deberes. Por eso, en este estudio y siguiendo a la santa Fundadora, damos tanta importancia a la formación de la

tianos. Otras casas dedicadas a la educación, aun siendo de religiosas, se dirigen más a la imaginación, a las facultades afectivas; nuestras preferencias van *más a la inteligencia para cristianizarla* desarrollándola y hacia la voluntad para hacerla capaz de la renunciación y del sacrificio.»

De este modo persigue la Reverenda Madre el ideal que se propuso: por las luces de la inteligencia llegar a las voluntades y forjar así los caracteres.

Véámosla ahora cómo hace del estudio el gran medio para conquistar las almas para Cristo.